



LA ADMINISTRACION DEL SOL.

— ¡Qué diablo de sol! exclamaba yo el otro día, al mismo tiempo que caminaba bajo sus abrasadores rayos.

Decir esto en voz alta era una imprudencia muy grande, como van ustedes á ver, y hubiera hecho mucho mejor en no expresar mis ideas así, pues no habia aún concluido de formular mi irreverente reflexion, cuando sentí que el calor se hizo más intenso, y me vi rodeado de pronto de un inmenso globo de fuego.

El globo giró durante algunos momentos sobre sí mismo para ponerse en movimiento, y despues se elevó, llevándome prisionero con una rapidez vertiginosa á inconmensurables alturas.

Yo iba ciego, sofocado, aterrado, desvanecido, experimentando mil sensaciones, capaces de volver loco al hombre de más seso.

El globo se detuvo al fin, se abrió, y oí una voz que exclamaba:

— ¡Ah! ¿está ahí ese necio que se ha permitido hablar mal de mí? ¡Muy tonto debe ser!

— Estoy perdido, pensé; he sido arrebatado por el Sol.

— ¡Vamos! acércate, dijo la misma voz.

Entonces alcé los ojos, pero en seguida tuve que bajarlos, pues vi delante de mí una cosa tan resplandeciente y tan brillante, que me deslumbraba.

— ¡Ah! exclamó la misma voz, olvidaba que eres un simple mortal.... ¡Vamos! ya puedes mirarme; me he despojado de todos mis rayos....

Entonces separé mis manos, con las que me cubria los ojos, y me encontré en presencia de un brillante

personaje, vestido de oro desde los piés á la cabeza, con los ojos de oro, los cabellos de oro, la nariz de oro, las orejas de oro, las uñas de oro, todo, en fin, de oro.

Estornudó, se sonó en un pañuelo de oro, y me dijo:

—Yo soy el Sol; acércate.

Quise avanzar, pero al primer paso tropecé y me caí.

—¡Qué torpes son los hombres! exclamó el Sol..... ¿No comprendes que no se puede andar sobre las nubes?..... Se marcha con ellas, y así no hay peligro de caer. ¡Qué torpes son los habitantes de la tierra! Son tan ignorantes como los rayos de mi hermana la Luna.

Yo bajé la cabeza para ocultar mi vergüenza, y mi interlocutor continuó.

—Ahora, jóven mortal, dime: ¿por qué te has atrevido á faltarme al respeto como lo has hecho hace un momento?

Primero pensé disculparme, pero luego reflexioné que si de todas maneras estaba perdido, lo mismo sería de un modo que de otro, y sacando fuerzas de flaqueza, respondí al cabo de un instante:

—No soy yo solo quien se queja de V. A todo el mundo le pasa lo mismo que á mí.

—¿Y quieres decirme por qué?

—¡Diablo, quema V. á las personas y quiere V. que estén contentas!

—Ustedes nunca están contentos. Conocía muy bien la respuesta que ibas á darme, pues todos teneis las mismas debilidades. Los lamentos

que exhalan ustedes me están impidiendo trabajar todo el santo día.

Si me oculto, ¿por qué no hará sol? Ese holgazan no quiere trabajar. Si salgo, ¡por Dios, un poco de sombra! Ese sol quiere freirnos.

En el invierno me llaman, en el verano me odian. Y lo mismo en verano que en invierno tengo razon en lo que hago.

Pero me entretengo demasiado hablando contigo, y es menester que yo vea si mis rayos cumplen con su deber. ¿Quieres visitar la administracion?

—¡La administracion!

—Sin duda; yo soy el rey de todo un pueblo, y mis rayos son mis hijos. Viven como ustedes, y se mantienen y duermen y nacen, y se casan y tienen hijos, y se mueren, lo mismo que los habitantes de la tierra.

—¿Y se les entierra?

—No, se desvanecen.

—¿De qué se mantienen?

—Comen sombra y beben nubes.

En aquel instante se oyó un gran ruido.

—¿Qué ruido es ése? pregunté yo.

—Esos son los niños.

—¿Qué niños?

—Los rayitos están en la escuela, mientras que sus padres están trabajando.

Esos son los rayos que trabajarán el año próximo.

En Marzo estarán ya bastante crecidos, y bajarán sobre la tierra por primera vez. ¡Ah, esa época es muy mala para mí! ¡Qué trabajo! ¡Qué fatiga!

—Y ¿por qué?

—¡Oh! es muy sencillo; son jóvenes, y aturcidos por lo tanto: se sienten tan dichosos al poderse pasear, que caen con todas sus fuerzas sobre las cabezas de las personas, y si no fuera por mí, la mitad de la humanidad moriría de tabardillo.

—Sin embargo, ocurren algunos accidentes.

—Ya lo sé, pero no puedo estar al mismo tiempo en todas partes; además muchos se vuelven locos y no se mueren por eso.

—Es verdad.

—Y muchos que no son atacados por ellos más que ligeramente y no hacen más que trastornarse un poco, hasta les suele ser provechoso, pues así pueden llegar á ser buenos abogados, hombres políticos ó artistas... Pero sigamos nuestro camino.

¡Eh! gritó el Sol, que bajen algunos rayos sobre ese pobre viejo que está sentado á la puerta de su casa, y que está tiritando de frío.

A los pocos pasos gritó, dirigiéndose á otro grupo de rayos:

—¿Cómo está el convaleciente que recomendé? ¿Está mejor?

—Desde esta mañana le estamos alumbrando, y ha experimentado una sensible mejoría. Mañana estará completamente bueno.

—Está bien..... ¡Eh! vosotros quitaros de ahí, de ese jardín lleno de niños..... Vais á poner malos á esos angelitos, y Dios se incomodaría.....

Ya ves, me dijo el Sol, lo complicada que es mi administracion y

lo mucho que trabajo, y sin embargo no dejo contentos á todos.

—Muy fatigado estará V. cuando llegue la noche.

—Puedes figurártelo, á pesar de que no has visto más que una pequeña parte de lo que tengo que hacer.

Tengo además que cuidar de que mis rayos alumbren el patio de los colegios cuando llega la hora del recreo, de que se deslicen por la estrecha reja del calabozo del prisionero, al cual consuelan con su presencia, y de que saluden á la joven recién casada que sale de la iglesia al són argentino de las campanas, y que jueguen, en prueba de alegría, en los pliegues de su blanco velo y en las flores de azahar de su corona.

Este es un trabajo incesante.

—¿Y no duerme V.?

—Apénas duermo, y siempre tengo que acostarme el último para ver si todos los rayos están recogidos, porque, si no, ¿qué diría mi hermana la Luna? Además tengo que levantarme el primero para hacer levantar á los perezosos.

Pero la noche se acerca; voy á acostarme; mis últimos rayos te harán descender á la tierra. Adios.

Un segundo despues estaba de vuelta en el mundo. Era de noche, y todo estaba iluminado; sin embargo, las luces de gas me parecia que no alumbraban.

Ahora, ¿querrán ustedes creer que el viaje que hice al sol es el más bonito que he hecho en mi vida?

EDUARDO DANGIN.



MUERTE DE FELIPE II.

Felipe II, uno de los monarcas más grandes de nuestra patria, nació en Valladolid en 21 Mayo de 1527, siendo hijo del glorioso emperador Carlos V y de Isabel de Portugal. En 1554 ocupó, por abdicacion de su padre, el trono de Nápoles y Sicilia: el año siguiente reunió la soberanía de los Países Bajos, y en Enero de 1556 ocupó el solio español al encerrarse en una estrecha celda del monasterio de Yuste el emperador Carlos V, su padre.

El primer hecho notable de su historia fué la victoria ganada por las tropas españolas sobre las francesas, frente á los muros de San Quintin, en Picardía. Los trofeos de este hecho de armas, consistentes en cincuenta y dos banderas enemigas, toda la artillería, seis mil muertos y cuatro mil prisioneros, entre los que figuraban cuatro príncipes, hicieron notable este hecho de armas, que tuvo efecto el dia de San Lorenzo del año 1557. Felipe II quiso perpe-

tuar el recuerdo del mismo, y levantó el monasterio consagrado á San Lorenzo en el Escorial, monumento que ha sido admiracion de los siglos y que se ha conceptuado como la octava maravilla del mundo.

La historia de la cristiandad se halla ligada con la de este monarca en el memorable combate naval de Lepanto, donde la escuadra española y veneciana derrotó á la mahometana; destrozándola doscientas galeras, haciendo 25.000 muertos, heridos y prisioneros, y rescatando unos quince mil cristianos cautivos que iban sujetos al remo en la escuadra enemiga.

Felipe II fué heredero y continuador de las glorias y de la política de su padre, prestando durante su reinado grandes servicios al catolicismo. Mortificado por la gota durante más de veinte años, se complicó en los dos últimos de su vida con una fiebre hética, que le fué consumiendo y demacrando, y con un ataque de hidropesía de humores. Sin fuerzas para moverse y teniendo que ser llevado á las más cortas distancias, se

empeñó, contra el dictámen de sus médicos, en marchar al Escorial, pues, según sus palabras, *queria que le llevasen vivo donde estaba su sepulcro*. En dicho retiro se consagró por completo á la religion, último consuelo del moribundo.

En sus últimos momentos pidió la Extremauncion, que le fué administrada por el Arzobispo de Toledo, y quiso que su hijo se hallase presente á dicho acto *para que viera en qué paraba todo lo de este mundo*.

Antes habia prevenido que fuese su cadáver amortajado de la misma manera que lo estaba el de su padre. Dos dias ántes de morir llamó á sus hijos, exhortándoles á perseverar en la fe y conducirse con tino en el gobierno, y dándoles á besar su descarnada mano los despidió con lágrimas.

Finalmente, en la madrugada del 13 de Setiembre de 1598 espiró á los 71 años de edad y 42 de su reinado.

Conforme á su voluntad, su cuerpo fué envuelto en una pobre mortaja, y se le colocó al cuello una humilde cruz de madera.

LA AFICION Á LOS PAJAROS.

I.

Es singular cómo salen las cosas á medida de su deseo á los padres de buena voluntad. Mi hijo ha descu-

bierto una aficion que es tan útil como entretenida.

Empezaban á inquietarme sus ausencias frecuentes, cuando ayer supe dónde pasaba una parte de sus

horas de recreo. ¿Quién podía adivinarlo? Cerca de nosotros reside una solterona, una vieja loca, llamada la señorita de Mondebise, que á nadie recibe ni visita á nadie, y vive rodeada de perros, de gatos y de pájaros. Su casa es un remedo del arca de Noé, porque lo mismo es jaula que establo y casa de fieras, y hasta cementerio, toda vez que en su terreno da sepultura á los seres queridos que se le malogran, habiendo levantado en el jardin un pequeño monumento á una alondra. Esté es el sitio donde mi hijo pasa el tiempo; pero no comprendo el placer que allí pueda encontrar. Será preciso que yo me entere; que pregunte á la solterona.

II.

Salgo de visitar á la señorita de Mondebise: ¡qué asombro!..... ¡Qué precioso jardin, poblado de las flores más raras!..... ¡Pajareras por todas partes con las especies más extrañas!.....

Yo creia encontrar una maniática, y es toda una mujer inteligente; una vieja ridícula, y es una señora que pasa de los cincuenta, pero agradable, y con una fisonomía llena de atractivos.

— ¡El padre de Mauricio! exclamó al verme; mucho os agradezco que hayais venido, porque así podremos hablar de vuestro hijo. Y sonriendo, añadió: ¿A qué debo esta amable visita?

No se me ocurría qué contestar,

cuando me interrumpió, exclamando:

— ¡Ya adivino á lo que habeis venido!

— ¡Señora! ¿cómo es posible?.....

— Al saber las visitas de vuestro hijo, pensaríais que era buena la ocasion de conocer las ridiculeces de esta vieja loca.....

— ¡Señora, por Dios!.....

— Vaya, tened valor de no negar vuestras palabras; confesad que mi persona, y mis gatos, y mis perros son entretenimiento para las conversaciones, y que si os llega un amigo de París, las jaulas de la señora de Mondebise y sus pesares domésticos figuran entre las curiosidades de la comarca.

Mi situacion se iba haciendo embarazosa.

— Tal vez, señora, alguna vez haya extrañado que una persona tan delicada.....

— ¡Delicada!..... Loca es como me habréis llamado.....

— Pero, señora.....

— Loca, sí, porque paso la vida limpiando jaulas, y llamando al minino ó pidiendo la patita al canario.....

— Pues bien, exclamé, fascinado por la original franqueza de aquella mujer, es cierto que he dicho eso.

— Así os quiero..... Y ahora, señor hombre de mundo, decidme: ¿en qué consiste la locura de pasarme la vida oyendo los trinos de mis aves, en vez de ir á ahogarme en un teatro para escuchar esas cosas que llamas dramas?.....

—Señora, ¿querréis sostener que una obra dramática tiene ménos interés que el gorjeo de vuestros canarios?

—¡Pues ya lo creo! contestó alegremente. ¿Qué es lo que hacen los señores autores dramáticos desde que el mundo es mundo, sino lo mismo que mi canario? Variaciones sobre el mismo tema. Pero al ménos él no congrega quinientas personas para escuchar su pequeño concierto ni exige derechos de autor.

—Esas son personalidades, repliqué riendo.

—No señor; pero dejemos esto, en que no hemos de estar de acuerdo, y hablemos de vuestro hijo y de una súplica que he de haceros.

—¿Tanto le queréis?

—Mucho, y si supierais el origen de nuestras relaciones..... Os lo voy á contar. Es una puerilidad tal vez, pero que á mí me llegó al alma. Me paseaba por la arboleda próxima al pueblo, cuando oí gemidos en lo alto de un árbol: era un gatito, que maullaba asido á las ramas de la copa. ¿Cómo se habia encaramado hasta allí? Vaya V. á averiguarlo; pero el caso es que no podia bajar, y que daba maullidos tan lastimeros que partian el corazon. Pero mis sentimientos eran estériles, porque yo no habia de trepar para librarle. En esto aparece un niño como de doce años, que no me ve, pero que oye al pobre animalejo, y se encarama por el árbol. Era vuestro hijo.

—¡Oh! Eso no me admira, porque tiene buen corazon.

—La subida era peligrosa, porque el árbol, aunque alto, no era corpulento, y cimbraba bajo el peso. Temblé entónces por la criatura; pero era tan lista que trepaba como un grumete, y así que hubo llegado junto al gatito, lo cogió con la mano derecha, miéntras se sostenia con la izquierda; pero de esta suerte era imposible bajar, y colocó en el hombro, junto al cuello, al animalito. De repente oí un grito, pero ya no era el gato el que chillaba, sino el niño, porque el gato, por sostenerse mejor, le habia clavado las uñas en el cuello. Otro se habria ensoberbecido y tirado al suelo al ingrato; pero él se aguantó, y sin volver á chillar bajó como pudo, contentándose con decir al gatito cuando le puso en el suelo:

—¡Ah tunante, qué daño me has hecho!

Y en efecto, el cuello lo tenía lleno de arañazos.

Detúvose un momento á mirarme la señorita de Mondebise.

—¡Oh! no la echeis de hombre fuerte, continuó riendo; decid que no os desagrada el cuento. Al alejarse el niño, me adelanté hácia él, y alabando su accion, le pedí un beso. Un poco avergonzado me lo dió, y yo me quedé pensando que no era un niño vulgar el que manifestaba compasion á los animales; tanto, que desde aquel instante me propuse hacerle mi amigo y mi discípulo.

—¿Discípulo?

—Sí señor, discípulo. Creo poderle enseñar lo que no le enseñaréis nunca.

—¿Qué es ello?

—La antigüedad es una gran cosa, y yo respeto la historia, y tengo á la poesía por consoladora divina; pero la poesía no consuela del todo: la historia no lo cuenta todo, ni las lenguas humanas pueden decirlo todo. Yo le enseñaré la lengua de las criaturas que no hablan. Acordaos de las poéticas leyendas de la Edad Media;

acordaos de San Francisco de Asis, que llamaba «hermanas mías» á las golondrinas, y á quien los pájaros seguían como á un amigo. ¡Oh! no es cosa común el privilegio de hacerse entender de los animales. Vuestro hijo lo tiene, y si me prestais un poco de su alma, os prometo no echársela á perder.

Le he prestado mi hijo, en efecto,



y desde entónces no pasa un dia sin que la amable anciana le enseñe algunos hechos interesantes sobre la historia de los animales. Otros le enseñarán la historia natural en los libros, pero ella se la enseña en el seno de la naturaleza misma, en el seno de la vida. Observaciones prácticas, experimentos ingeniosos, invenciones originales, de todo le habla la excelente señora.

Las personas poseidas de una pasión especial tienen una fuerza de

iniciación increíble y electrizan y seducen á cuantos se les acercan. La señorita de Mondebise era la única para revelar los misterios de la vida de los seres irracionales, y ya no hay insecto que no me interese, porque á mí también me ha enseñado á comprender hasta la naturaleza muerta.

III.

Un dia entré en su casa; y la hallé enseñando á mi hijo á disecar.

—Señorita, le dije riendo, ¿ésas tenemos?

—Vaya, ¿sabeis lo que es disecar?

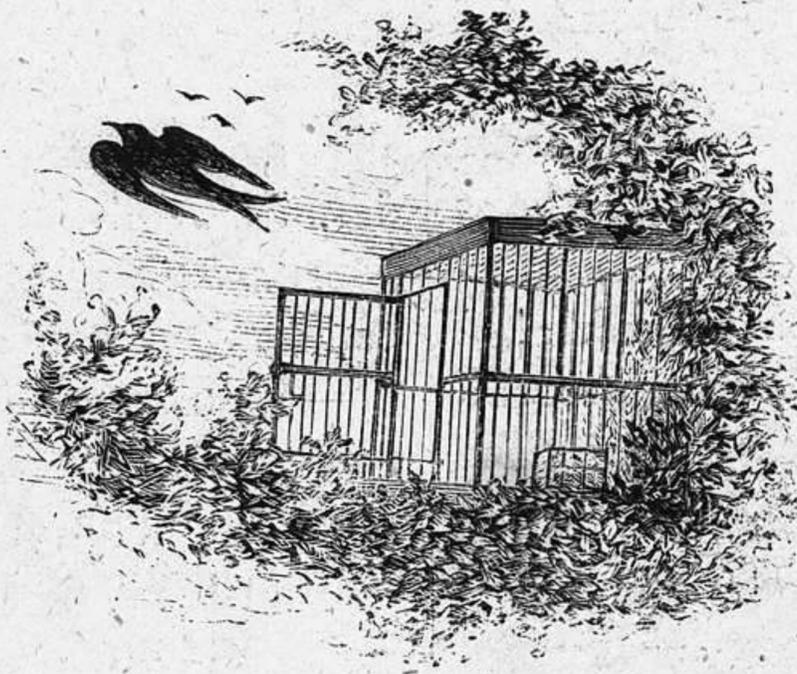
—Creía saberlo.

—Pues estais equivocado si pensais que todo se reduce á rellenar de heno un pájaro disecado, á sustituir los intestinos con estopa y los ojos con cuentecitas de vidrio.

—Pues no me parece que sea otra cosa.

—¡ Cuando os digo que estais equivocado! Ese es el oficio elemental, el grosero; pero disecar con la imaginacion, con el recuerdo..... ¡oh! no os riais, con el corazon. Sí, con el corazon, no rectifico: hay un arte encantador que no sospechais siquiera. Ved ese colorin que se me ha muerto hace unos dias; esperad y juzgad.

Y con destreza suma, y evocando



sus recuerdos, la anciana y el niño se pusieron á dar al pájaro las actitudes que de vivo tenía.

Era, en efecto, un trabajo maravilloso.

—Esto se llama disecar, añadió: este pájaro estaba muerto, nosotros le resucitamos, y consultando nuestra memoria le colocamos ni más ni ménos que si aún viviera y fuera á deleitarnos con su canto. ¿No os parece que va á volar?

—En efecto, exclamé.

—Ya lo veis cómo es un arte; ya lo veis cómo enseño á vuestro hijo algo que los sabios de salon no sos-

pechan siquiera. Pero aún tenemos otra ambicion vuestro hijo y yo.....

—¿Y cuál, señorita?

—Dicen que la administracion del jardin de Plantas concede á ciertas personas algun hermoso animal para que lo aclimate y domestique.

—En efecto, he oido algo de eso.

—Pues bien; es un experimento que me seduce. Ciertamente exige muchos desvelos; pero al cabo es algo dotar á su país de una especie nueva. Para una pobre vieja sería una verdadera gloria ¿no es así? Otros dejan hijos mal criados ó inútiles: yo podría generalizar algun servicio

precioso; como el lama ó algun pájaro de espléndido plumaje, como el ganso de Egipto. ¿Sabeis que de todas las conquistas de Alejandro sólo el pavo real nos queda? ¿Sabeis que de las victorias de Napoleon, la Francia sólo conserva el carnero merino? Pues bien; tambien nosotros tendríamos nuestro animal.

IV.

Pocos dias despues, la buena señora era atacada de una enfermedad mortal, y me escribió estas palabras:

«Venid, amigo mio, sin perder momento; traedme á Mauricio, que quiero abrazarle y enseñarle todavía..... ¡Voy á enseñarle á morir!

Poseido de profunda pena, eorrí á su casa, á cuya puerta encontramos al médico y al cura.

—Es una santa, nos dijo el sacerdote.

—No tiene remedio, añadió el médico. Entrad pronto, que os está esperando.

Entramos, en efecto, y la hallamos casi incorporada y sostenida por almohadas. Mi pobre hijo se echó en sus brazos anegado en llanto.

—¡Vaya, vaya! discípulo mio, ¿qué significa esto? ¿Tanta pena porque voy á reunirme con Dios? Una criatura humana que muere es un pájaro que vuela al cielo..... Seca esas lágrimas..... que van á entristecer el dia más hermoso de mi vida.

Yo tambien me sentia enternecido, y ella, que lo conoció, me dijo reconociéndome.

—¿Tampoco vos serviréis para nada?

—¡Oh! sí, sí. ¿Qué es lo que debo hacer para complaceros?

—Así os quiero. Me haceis falta para mi testamento. Leed la cláusula sétima, que sigue á las limosnas y á las mandas piadosas.

Tomé el testamento y leí lo siguiente:

«Item: deajo á los pájaros libres del cielo mi gran cercado del Cedro. Prohibo, por consiguiente, que dentro de él se dispare un tiro, ni se coja un grano ni un fruto; los frutos son suyos, y en invierno cuando nieve, despues de distribuida la sôpa á mis pobres, se hará otra distribucion de pan á mis pájaros.»

—Es un legado de vieja extravagante, ¿no es verdad? me dijo; capaces son de burlarse los periódicos: continuad.

Yo continué leyendo:

«Encomiendo muy especialmente el cuidado de mis herederos al sér que he amado más en el mundo, al hijo de mi amigo N., llamado Mauricio.»

Observando entónces que el niño se cubria la cabeza con la almohada como si experimentára miedo,

—Te asusta la muerte, hijo mio, dijo con acento algo severo: no es extraño, á tu edad es cosa terrible la muerte; pero mírame y te persuadirás de que su imágen no es tan espantosa como la pintan.

Alzó el niño los ojos, y al contemplar aquel semblante sereno, iluminado por la esperanza, tal como re-

tratan á San Francisco de Asís, experimentó el niño una sorpresa que convertía la pesadumbre en una especie de lástima.

Lo conoció la moribunda, y en sus ojos empezó á pintarse el éxtasis.

—Ea, exclamó; la hora se acerca; mira y aprende.....

Y como rendida por este postrer esfuerzo; cayó sobre la almohada diciendo:

—Amigo mio, dadme el último placer.

Nos acercamos más, y con voz entrecortada nos dijo:

—Hace buen día, ¿no es verdad?

—Sí.

—El sol brilla..... descorred la cortina y abrid la ventana de par en par. ¿Teneis miedo de que coja frío? añadió sonriendo al ver que yo vacilaba.

Abrí enseguida, y á los rayos del sol, que penetraba en la estancia, todos los pájaros se pusieron á cantar.

—Así, así, eso es, nos dijo la mo-

ribunda; eso es lo que yo queria; cantad, pajaritos míos..... Mauricio, abre todas las jaulas; todas.

Obedeció el niño, y las lindas aves de todas clases empezaron á revolotear por encima de la cama, llenando de alegres trinos la morada de la agonía.

La moribunda, con un Crucifijo en la mano, clavaba en él los ojos y exclamaba:

—¿No oís? Ese revoloteo es el de los ángeles, ese canto preludia el de los querubines; yo, como ellos, vuelo á mi divino Señor.

Y despues fué repitiendo con voz entera las oraciones del buen cura que la auxiliaba, y así se desprendió de su cárcel terrenal aquella alma poética y piadosa, dejando en el corazón de mi hijo y en el mio un profundo pesar y una imágen eterna del más puro de todos los espectáculos: el de la muerte de una mujer sin mancha.

ERNESTO LEGOUVÉ.

EL VIOLIN MARAVILLOSO.

(CONCLUSIÓN.)

¡Qué poco tiempo debía durarle esta satisfacción! No hacía muchas horas que se había acostado y dormía á pierna suelta cuando fueron á despertarle al amanecer para decirle que el más pequeño de sus hijos pa-

recia acometido de un accidente bastante grave. Levantóse apresuradamente el doctor, y sin acabar de vestirse corrió á la alcoba en que tenía la cuna el más pequeño de sus hijos, que no había cumplido tres años. Al

ver los primeros síntomas que anunciaba la enfermedad del niño, el doctor se alarmó, y no por cierto sin motivo. Lo que el niño tenía era un mal terrible que en pocas horas suele matar al niño más robusto; vulgarmente se le llama garrotillo, y es una angina interior de tal calidad, que los ahoga sin que sea posible acudir á medicamento alguno que impida sus desastres.

El Dr. Superbí se acongojó sobremanera al ver el inminente riesgo de su niño; mandó á una botica por varios remedios que consideraba los más eficaces contra aquella enfermedad, pero de nada sirvieron; porque el niño, que se ahogaba, no podía tragar los medicamentos. La ciencia era allí impotente; era preciso resignarse á ver morir al niño sin poder prestarle socorro. Tan angustiado y aturrido se hallaba el doctor, que sin acordarse de lo que aquella noche habia pasado, mandó inmediatamente que llamaran al Sr. Pancraccio, con la esperanza de que la música de su violín podria hacer el milagro de salvar á su niño. La luz del sol llenaba ya de alegría toda la ciudad: el señor Pancraccio, siempre complaciente y servicial, se presentó en casa del afamado médico, llevando la cabeza vendada.

—Pídame V. cuanto quiera, le dijo el doctor apenas entró, pero salve V. á mi pobre hijo, que se muere sin remedio.

—¿Y qué puedo yo hacer para salvarle? preguntó Pancraccio.

—¿Pues no dice todo el mundo

que solamente con tocar un violín prodigioso que V. tiene cura en el acto todas las enfermedades? Mi hijo se muere de garrotillo, y la medicina no conoce remedio contra su mal; sálvelo V. y le daré cuanto me pida.

—¡Ay amigo mio! dijo el músico tristemente: anoche todavía hubiera podido servirle, y hubiera tenido en ello inmensa satisfaccion, pero hoy nada puedo más que acompañar á usted en su amargo dolor, porque unos malvados, que no conocian sin duda todo el mal que hacian, me asaltarón anoche en medio de la calle, me apalearon brutalmente, me quitaron el violín y lo hicieron mil añicos.

Un rayo que hubiera caído á los piés del doctor Superbí no le habria consternado tanto; en el aturdimiento que le habia causado la peligrosa situacion de su niño, habíase olvidado del inícuo atropello que por orden suya se habia cometido en la noche anterior, y al oír las desconsoladas palabras del pobre músico, parecíale oír el acento severo de la Providencia, que le decia:

—Al mandar romper el violín maravilloso, que á tantos infelices ha arrancado de las garras de la muerte, has privado á tu hijo de la misma esperanza de salvacion. Todo el que hace mal saca en él su parte.

Para acabar, no hubo remedio posible para el pobre niño del doctor Superbí, que murió aquella misma tarde, dejando á su padre tanto más inconsolable y desesperado, cuanto

que él mismo reconocia que era el primer responsable de aquella gran desgracia, y que el cielo le castigaba con severidad por la infamia que habia cometido al privar al bondadoso Pancracio de aquel instrumento, que le habia servido para ahorrar tantas

lágrimas y dispensar tantos beneficios.

Pero el mal nunca viene solo; á la noche siguiente otro de los niños del doctor Superbí, algo mayorcito que el que habia muerto, fué acometido de la misma enfermedad, que se pre-



La nube de verano (Pág. 143).

sentó con síntomas no ménos terribles; el doctor luchó desesperado contra el mal. ¡ Todo inútil! El niño murió como habia muerto su hermanito, y en medio de su espanto y de su terror, el infeliz Superbí creia es-

cuchar en el silencio de la noche la dulce y melancólica melodía de un violin.

Pocos dias habian pasado cuando una nueva desdicha vino á aumentar la consternacion en aquella casa, án-

tes morada de la alegría. El hijo mayor del doctor se sintió enfermo; una violenta congestión cerebral le postró en el lecho, y á los cuatro días le condujo al sepulcro, sin que toda la ciencia de su padre pudiera evitarlo. La muerte implacable se cernía, sin duda, sobre aquella casa, como si una maldición hubiera condenado á aquella familia numerosa á desaparecer de entre el número de los mortales. En el breve espacio de dos meses murieron uno tras otro los siete hijos del doctor Superbí, lo mismo que la desolada esposa, que no pudo resistir el dolor de tan repetidos golpes.

El doctor se encontró absolutamente solo en el mundo; hasta los criados huyeron de aquella casa, creyendo que la muerte se había propuesto dejarla completamente desierta. El desdichado médico, en fuerza de recibir golpes tan tremendos, quedó reducido á una especie de idiotismo insensible. Le hablaban y no contestaba, ni aún siquiera parecía comprender el sentido de lo que se le decía. Su mirada opaca y vidriosa había perdido el brillo de la inteligencia. De su boca salía á veces un murmullo incomprensible como si hablara consigo mismo entre dientes. Solo alguna vez daba señales de sensibilidad, cuando por acaso llegaba á sus oídos el sonido melodioso de un vio-

lin. Entónces sus ojos espantados arrojaban una luz siniestra; sus escasos cabellos se erizaban, y un temblor convulsivo estremecía todos sus miembros. De este modo se prolongó por espacio de algunos años su miserable existencia.

En cuanto al bondadoso Pancraccio, desapareció de Lucca pocos días después del brutal atentado de que fué víctima, y nunca más se volvió á saber de él. Probablemente acabaría sus días mendigando de aldea en aldea la caridad pública.

La enseñanza que en esta verídica historia pueden aprender mis tiernos lectores bien manifiesta está. En ella encontrarán un ejemplar, tremendo castigo que tiene reservado el cielo al hombre envidioso y de ruin corazón. El hombre que como el doctor Superbí, arrastrado por un miserable rencor, nacido de la envidia, comete una acción detestable, maltratando y escarneciendo á la inocencia, no deja de recoger el fruto de su maldad, y todo el daño que hace viene á caer por último sobre su cabeza. Una mala acción podrá ser perjudicial á muchos, pero á ninguno tanto como al mismo que la comete, porque si el hacer bien se pierde raras veces, el hacer mal no se pierde nunca.

PEDRO DOMINGO MONTES.



LA NUBE DE VERANO.

En abrasada siesta
 Dormido yace el viento;
 Muéstrase turbio el éter;
 El sol arde en los cielos.
 Caliginoso el aire,
 Deja sentir su peso;
 Los árboles pardean
 Mustios y polvorientos.
 Allá por Mediodía
 Lenta elevarse veo,
 En cúmulos hinchados,
 Nube de vasto seno.
 Trepando poco á poco
 Su manto va extendiendo,
 Y al fin el sol oculta,
 Y entolda el firmamento.
 Despues se trueca en nimbo,
 De cuyo oscuro centro
 Rojas, fugaces chispas
 Salen de tiempo en tiempo.
 Cálidas y anchas gotas
 Se estrellan contra el suelo,
 Polvo sutil en torno
 Alzando al choque recio.
 Borrasca muy lejana
 Se acerca por momentos,
 Y con granizo envuelta
 La lluvia va cayendo.
 Relámpagos más vivos,
 De cárdenos reflejos,
 El denegrado ambiente
 Tornan en mar de fuego.
 Rápido luce el rayo
 Con resplandor siniestro,
 Y ya en profunda noche
 Ronco retumba el trueno,
 Cuyo fragor reciente,
 Zumbando por los ecos,
 Parece que hace al mundo
 Temblar en sus cimientos.
 El huracan arranca

Los centenarios cedros,
 Y bajan de los montes
 Torrentes con estruendo.
 Todo es horror y espanto;
 Reina pavor inmenso;
 Las gentes aterradas
 Á Dios alzan su ruego.
 Mas ya no están furiosos
 Los rudos elementos:
 El agua es ménos fuerte,
 Los lampos brillan ménos.
 Varias opacas nubes
 Rompen su manto denso
 Dejando ver tras ellas
 De luz algun reflejo.
 El vendaval amaina
 Sus ímpetus violentos,
 Y en lluvia, ya menuda,
 Sopla airecillo fresco,
 Que amables perfumaron
 Tomillos y romeros,
 Mientras la esfera, en parte,
 Luce su azul intenso,
 Y la tormenta corre
 Con presuroso vuelo,
 Y más y más se aparta,
 Y cada vez más léjos,
 Sólo se escucha apenas
 Leve rumor incierto;
 Y el sol en triunfo sale,
 Y en pos el iris bello.
 Los árboles gotean,
 Verdor mostrando nuevo;
 Los pajarillos cantan,
 Su pluma sacudiendo.
 Collados y verjeles
 Parecen más risueños,
 Y al fin son cielo y tierra
 Reposo, paz, silencio.

ANTONIO ARNAO.





¿PARES Ó NONES?

Os parecerá á vosotros, queridos niños, que esos dos chicuelos no están haciendo nada de particular, en la actitud en que los ha colocado el dibujante. Pues están comenzando la carrera del crimen; están dando los primeros pasos hácia el presidio, ó quién sabe si hácia el patíbulo. Están jugando á *pares ó nones* los cuartos que han sustraído á sus infelices madres ó á su maestro, y así comienzan á aficionarse al juego, que es uno de los vicios de más funestas consecuencias. Ahora juegan á *pares ó nones*, más tarde jugarán con la baraja, y rápidamente irán adquiriendo el hábito del juego y la costumbre de no trabajar.

Y así llegarán á mayor edad sin ser nada, sin haber aprendido nada, sin ser útiles para nada, encenagados en el vicio, dispuestos á todo lo malo, embrutecidos, y condenados á la mi-

seria, que es la compañera inseparable de la indolencia y la holgazanería.

Acaso para satisfacer su funesta pasión, para proporcionarse dinero, que no pueden adquirir por medio del trabajo que les repugna, estafen, roben á mano armada, y una vez en este camino lleguen hasta el asesinato.

¡Cuántos de los infelices que se hallan en los presidios habrán comenzado así su vergonzosa carrera!

Compadeced, hijos míos, á los desgraciados que muchas veces veréis en la calle jugando á *pares ó nones*, ó á otros juegos que os parecerán acaso, en vuestra inocencia, poco peligrosos, y, sin embargo, suelen ser, como os digo, el principio de la perdición de hombres que pudieran ser útiles á la sociedad, si no cayeran en las apretadas garras de ese monstruo infernal que se llama el *vicio*.

F.